

SOMBRAS AMIGAS

A Luis Rosales

Sois unas pocas sombras, las que tanto enriquecisteis mi vida, sombras amigas y dispersas, cerca siempre. ¿Cómo os diré? Se ayudan los verdes, los azules, los rojos, los morados, para componer la hermosura del campo. Se ayudan los grises, los azules, los blancos para, entre nube y sol, componer la hermosura del cielo. Os ayudáis, amigas sombras, sin saberlo, para componer la mejor riqueza de la vida, fuera del reino de la sangre. Sangre de otro corazón sois, por este corazón os siento. Claro que tenéis nombre distinto y paso singular y diversa inclinación. Vuestra aparición fue prodigiosa. Tras las paredes de la casa, en los desiertos y mares que la rodeaban, había islas, oasis milagrosos, donde las horas tenían otra medida, y era justamente esa diversidad en la medida de las horas, lo que hacía aquéllas con el amigo altas y enriquecedoras. Juntos a los descubrimientos, perdidos en las maravillas de las terranovas a las que la amistad nos llevaba, por tardes sin fin hundidas en la noche, disueltas en las madrugadas. ¿Os pondré nombres? Algunos aquí seguís.

Esta colina de viñas, rodeada de tierras rojas, apuntando ya el sarmiento, saca al campo de su lecho, lo yergue, lo trasplanta al aire. Así vosotros me sacáis al aire mejor, a las anchas avenidas de la libertad con tanto temblor en sus descubrimientos, con tantas sorpresas en sus pasos. Uno no acababa en uno, se prolongaba sorprendentemente, se enriquecía y colmaba en el amigo. El amigo era la disposición permanente para nosotros, nosotros para él, la permanente disposición. Mucho mellaba el humano ludir, mucho hería y mucho nos replegaba. La mano amiga venía a sacarnos de ello a lugares donde la luz no faltaba y el andar era ingrátido. Nombres tenéis. Desde la infancia: Ignacio. Desde la adolescencia: Gabriel. Duncan, perdido en el vacío, y Algie, tan reciente en su ida, tan herido yo por su memoria, que cuando vuelvo a su tierra, me la hace tierna el pensamiento de que es ya parte suya. Y Melchor, con su llamada a la compañía. «Conmigo vais, mi corazón os lleva.»

Aquí la jara lustrosa y sana abre sus flores. Las hay blancas sin mancha, las hay con unas plaquitas moradas y amarillas en los pétalos. Entre las jaras en flor, bajo los pinos, la congregación de las sombras amigas me rodea. Muchas no se conocieron. Se encuentran en mí. Por ellas me siento aire suyo, llevado y prolongado hasta los mismos reinos de la libertad.

JOSE ANTONIO MUÑOZ ROJAS